

Para España, recuperar, entender y asimilar este y otros esfuerzos culturales de ultramar, como algunos de los realizados en la misma España en los años de 1929 a 1939, de que se ha querido hacer *tabula rasa*, no es sólo obligatorio y justo, sino indispensable para el cabal entendimiento de ese ayer nuestro. ■ FRANCISCO CAUDET.



Labordeta, cantor de Aragón

La casa discográfica Le Chant du Monde ha publicado el primer disco de larga duración de José Antonio Labordeta. Se incluyen en él trece canciones; tres de ellas, «Los leñeros», «Los masoveros» y «Las arcillas», fueron editadas hace años en un disco pequeño; las otras lo son ahora por vez primera.

Después de cinco años de actividad en recitales, Labordeta no sólo ha conquistado el puesto legítimo de ser la primera voz de la canción popular aragonesa, sino también una de las primeras en España. Los temas de sus canciones, la música basada muchas veces en ritmos populares, su voz rotunda le convierten en un portavoz y testimonio de aspiraciones y denuncias del pueblo aragonés.

Labordeta ha llevado sus canciones a barrios y pueblos de la región, ha cantado en Cataluña y en Madrid. Esta labor, permanente y sorda, ha servido para redondear su capacidad comunicativa, partiendo de enfrentarse con éxito a públicos dispares y conseguir que catalanes o madrileños tengan que abrir sus ojos hacia otros problemas y otras realidades culturales que

las circunscritas a su perímetro urbano o regional. El balance en este sentido es muy provechoso.

Sus textos son, ante todo, la crónica del campesino aragonés, su lucha contra la Naturaleza hostil, su miseria crónica, su expolio en la especulación, su emigración a la ciudad o a Francia:

«Hijos que van hacia Francia, y otros hacia la ciudad».

Junto al desarraigo, toda esta problemática la resume con síntesis realista en unos pocos versos:

«Estate toda la vida/ amorra a los secanos, /pa que luego desde arriba/te lo quiten de las manos».

O estos otros de su canción «Todos repiten lo mismo», donde se condensan los días en que el campesino nada tiene que hacer ni nada recibe, en un modo de producción como el imperante en España. Son los ciclos monótonos de toda una vida:

«Para Navidad, la oliva; para el verano, la siega; para el otoño la siembra; para primavera, nada».

El álbum incluye unas palabras de su amigo Ovidi Montllor, el estupefacto cantante levantino: «Benvingut José Antonio Labordeta!». También, un texto de Manuel Tuñón de Lara, excelente lectura del sentido y significado de sus canciones. «En toda actitud cultural —dice Tuñón—, caben dos posibilidades: ir hacia el pueblo, o sentirse en el pueblo. La canción de Labordeta pertenece a la segunda: está entrañablemente dentro de su pueblo».

El seco y hosco paisaje aragonés, el de las sierras peladas, las planicies arcillosas, los páramos eriales o la inmensidad de montículos yesosos, blancuzcos, rastreados de tomillo, romero, carrascos o jaramagos, estos campos improductivos, aunque de imponente y ruda belleza, que han arrancado admiradas descripciones



a un escritor sueco, como Lundkvist, en su reciente libro sobre Goya, son para Labordeta la imagen de la pobreza, del hambre campesina, de la dura faena por casi nada, de la emigración y la sangrante ruptura con las raíces. «Polvo, niebla, viento y sol / y donde hay agua, una huerta...», no es una metáfora, sino la escueta definición de las tierras de Aragón.

La edición de este álbum supone para Labordeta su proyección nacional hacia todos los pueblos peninsulares. En este sentido, su presencia es un logro y un éxito. El disco en sí, su realización, presenta, sin embargo, para mí, muchas dudas respecto a la justeza de su concepción y ejecución.

Poema y música van en Labordeta indisolublemente unidos a su voz y a su dicción clara, rotunda, precisa. No hay efectismos. La música potencia las palabras, la guitarra o la simple percusión en la madera sirven de acompañamiento rítmico. Sobra lo demás: ahí está todo. El primer problema del disco reside, por tanto, en los arreglos y acompañamientos, que considero totalmente innecesarios y erróneos. Quizá más justo hubiera sido, aun a riesgo de perder fidelidad, recoger directamente las canciones de un recital. Labordeta no se «calienta» con el público, nada de eso, pero canta para un público. Ignoro si han sido necesidades de comercialización o la búsqueda de un aparente enriquecimiento lo que ha motivado los arreglos de Salvador Pueyo y la instrumentación de J. L. Moraleda. Si los

primeros sobran, a la segunda la calificaría de desgraciada.

La terrible y dura poesía-canción de Labordeta ha quedado endulzada por unas cuantas melodías paralelas y la utilización inadecuada del chello, oboe, flauta y pandero. Es más, puede afirmarse que la instrumentación contradice el sentido y significado de las canciones. La presencia del violonchelo, por ejemplo, en la canción que abre el disco «Aragón», es un palpable contrasentido. El timbre de este instrumento, las asociaciones que crea, su sonido dulce y grave proyecta subrayados de nostalgia, evocación y melancolía sobre el conjunto de la canción (recordemos «andaluces de Jaén», en la versión de Paco Ibáñez, en donde el chello cumplía perfectamente con las intenciones y la ejecución del cantante). Por el contrario, aquí no hay —esa es la intención de Labordeta—, sino testimonio, afirmación amarga y cruda descripción. El chello, con su acorde lento y sostenido, desfigura la realidad contenida en las palabras. En tres canciones, «El poeta», «Dónde se van» y «Canción para una larga despedida», este instrumento cumple adecuadamente su cometido, reforzando el tono evocador del poema.

Peor, mucho peor, es aun la utilización de las sonajas, creando un ritmo artificial en canciones, como «Los leñeros», «Los masoveros», «Cuando se agoste el campo» y «Por el camino del polvo». Su empleo trivializa las composiciones, haciendo «folklori-

co» lo que es reelaboración culta de ritmos populares, cuyo ejemplo mejor son las variaciones sobre la «jota de Belchite» y la de Andorra, en «Yo soy igual» y «Dónde se van». Algo similar sucede con los trinos de la flauta en «Por el camino del polvo», y con el oboe y los ruidos informes, en «Palabras», que ha quedado convertida en algo sin nervio, de simple consumo.

El propio Labordeta, como intérprete de sus canciones, ha sufrido la presión del medio. La rotunda potencia de su voz «en fresco» queda disminuida, rebajada. Durante mucho tiempo, algunos responsables de casas discográficas mantuvieron que su voz era demasiado ruda para ser comercial. Sólo entendiendo justamente el sentido de sus canciones podía afrontarse de forma coherente su grabación. Para ello, Labordeta no hubiera tenido quizá que ir a buscar fuera de su región el medio en que difundir su obra.

A todo esto hay que añadir determinados arrastres y raras inflexiones de algunas sílabas, que producen una especie de dicción afectada en ciertos pasajes. Hace algunos meses, tras uno de sus recitales zaragozanos al que asistí, le señalé a José Antonio este hecho, y él lo reconoció. A mí me entusiasmaba su dicción precisa, neta, soportada totalmente por la frase musical, y me preocupan estos arrastres, las palabras silenciadas al principio de algunos versos. La solución es fácil en cualquier caso, es cuestión de que «se oiga» de forma crítica, y que

los que «le oyen» se lo digan. Como soy de los que creen que la amistad no es sinónimo del papanatismo, de la palmadita amable, sino que debe ser una actitud creadora, de análisis, de intercambio de experiencias, señalo estos hechos, que nada quitan al valor cultural, en conjunto, de su obra. Pero aquel Labordeta de «Las arcillas» de su primer disco pequeño, el Labordeta de los recitales en Valdefierro, Las Fuentes o Torrero, en Barbastro, Alcañiz o el San Juan Evangelista madrileño, queda coartado en este álbum, queda manipulado, aunque sea con la mejor intención.

Estas puntualizaciones nada quitan al valor intrínseco del disco como difusor de un testimonio sobre la agonía del campo aragonés. La poesía, la música y voz de Labordeta cantan la «desesperanza» campesina, como señala justamente Tuñón. Son una llamada a los hombres de la ciudad sobre las tierras que se abandonan y mueren, sobre la tragedia del desarraigo. José Antonio Labordeta, que cree en el protagonismo histórico del pueblo, estoy seguro que se planteará muy pronto los problemas del hombre de la ciudad y proyectará las crisis desesperanzadas del presente, las contradicciones de hoy, sobre el proceso de avance y retroceso que conducen a la emancipación humana. Yo, sinceramente, creo y espero mucho de José Antonio Labordeta. ■ JUAN ANTONIO HORMIGON.



Estos días, el azar me ha deparado la contemplación de dos o tres muestras españolas de cerámica: la Feria de la